



La Buena Educación

por Julia R. Robles

SICAMORE GOLPEÓ SUAVEMENTE CON LOS NUDILLOS en la puerta del camarote. Cuando ésta se abrió, el señor Bretón, delegado del MUD (Mundos Unidos en Desarrollo) la miraba desde el otro lado con sorpresa:

– ¿Ha dado usted esos golpes, señorita Espín?

– Sí, señor, disculpe, llamé antes de entrar en un acto reflejo.

Isaías Bretón era un hombre poco agraciado y muy obeso, sudaba demasiado para el parecer de Sicamore y la doblaba en perímetro. Mirando a ambas figuras, plantadas frente a frente bajo el dintel de aquella puerta, la mujer resultaba aún más esbelta y grácil embutida en su uniformado mono plateado, pues ese mismo uniforme hacía al hombre adiposo y pequeño hasta el ridículo; además, la mirada prepotente y ofensiva del señor Bretón no ayudaba en nada a mejorar su repelente aspecto. Disimulando el desagrado por pura educación, Sicamore trató de sonreír amablemente, pero el delegado le congeló la sonrisa con un desagradable gruñido.

– ¿De qué se ríe, idiota? Esas reminiscencias educativas de su mundo resultan absurdas en una nave completamente automatizada, señorita Espín, e impropias de una buscadora de formas de vida evolucionadas.

– En realidad, como muestra mi emblema identificativo, soy profesora doctorada en existencia evolutiva y formas simples de desarrollo vital, señor Bretón.

– Sí, sí, su extenso título no justifica su primario comportamiento. ¿Dónde se ha visto a una profesora de



existencia evolutiva dejándose llevar por actos reflejos estúpidos? El sensor de vigilancia me avisó de su presencia junto a la puerta antes de que llamase, y la cámara me mostró su imagen. Ya sabía que usted esperaba ahí cuando golpeó absurdamente esa puerta.

– Lo sé.

– Entonces ¿por qué lo hizo, señora mía? ¿Es usted rematadamente tonta?

– No volverá a suceder, señor, discúlpeme.

– Eso espero, me fastidia trabajar con incompetentes, señorita Espín, estamos aquí para estudiar las formas de vida dominantes del planeta, no para tratarnos con exquisito y agilipollado respeto.

El señor Bretón salió bamboleante del camarote y tomó el corredor siete, clase alfa, en dirección a la cubierta principal. Era evidente que el hombre se encontraba de pésimo humor y que estaba dispuesto a pagarla con Sicamore, así que cualquier cosa que ella dijera en su defensa no haría sino empeorar su situación de subordinada. Decidió seguirlo, con expresión formal y sin decir palabra, mientras el delegado continuaba disertando con el techo acerca de lo sucedido.

– He trabajado otras veces con gente como usted, detractores de la pulcritud futurista, que se aferran a normas obsoletas de comportamiento. Seguro que cree que es necesario lavarse las manos antes de comer, ¿verdad?

– Así es.

Sicamore asintió con la cabeza cuando el señor Bretón se volvió a mirarla con gesto desafiante, pero mantuvo un educado silencio para no interrumpir la perorata del delegado. Éste hizo un ademán de desprecio, le dio la espalda de nuevo y se encaminó hacia el ascensor sin



esperarla. Apenas tuvo tiempo de entrar antes de que el señor Bretón pulsase el botón del nivel uno y las puertas se cerrasen de golpe con un chasquido.

– En toda esta nave no hay ni un solo germen dañino para nuestro estómago, señorita Espín. Todo lo que tocamos está perfectamente desinfectado, incluido suelos y puertas, nos movemos en un medio aséptico, ¿acaso no lo sabe usted de sobra? Lavarse las manos es una solemne estupidez.

Las puertas del ascensor se abrieron, anunciándolo con un nuevo rechinamiento, y el señor delegado se dirigió a la pasarela de la entrada principal. Sicamore lo seguía a marchas forzadas tratando de caminar a su altura mientras él continuaba su ofensiva retahíla.

– Yo también conozco esas normas ¿qué se cree? Aunque su uso me parece absurdo e inmaduro, impropio de profesionales de nuestra talla. Si me pedorreo, un extractor limpia el aire inmediatamente; si me rasco los testículos es por gusto y no porque aloje ningún parásito extinto que incomode a nadie; si bostezo, no tengo que tapar mi boca con la mano porque mi dentadura e higiene bucal son impecables. ¿Qué más estúpidas normas hay? – dijo el señor Bretón, moviendo su dedo índice frente a la nariz de Sicamore.

Está sonrió un instante y respondió:

– No señalar a otra persona con el dedo.

Y acto seguido, arrancó de un mordisco el índice del señor Bretón.

Éste la miró horrorizado, con la mano mutilada aún en alto, y justo en ese instante, se dio cuenta de que no estaba ante su adjunta, la señorita Espín, profesora doctorada en existencia evolutiva, sino frente a un mutante polimórfico: una clase de criatura muy extendida por la galaxia, que



simulaba fácilmente la fisonomía de cualquier otro ser vivo, y que era conocida por su gran voracidad carnívora.

Sicamore asestó otro mordisco certero en la yugular del obeso delegado y éste cayó al suelo desangrándose, aterrorizado, balbuceando sin comprender:

– Pero... ¿Qué ha sido de mi adjunta? ¿Qué ha pasado con la seguridad? ¿Cómo has entrado aquí, criatura infernal? ¿Qué vas a hacer conmigo...?

– Lo siento –dijo Sicamore en tono cordial, mientras limpiaba de sangre la comisura de sus labios con una toallita húmeda–, no hablo con la boca llena.

Autor: Julia R. Robles, Santo Ángel, Murcia, España.

Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.